

"La Última Batalla Peruana : Recordar para No Morir"

(Ama Wañuyqaq Yuyarisun /Jani Wañuñapataki Amtasiñani)

"Quizá solo sea un deseo patriótico, algo quimérico, pero lo anhelo. Anhelo que este ensayo llegue a quienes lo necesiten, a quienes busquen coraje, a aquellos que se sienten solos por pensar diferente, a los que creen que podemos mejorar nuestras vidas.

Para todos ellos, recuerden: cada palabra es un arma, ustedes son los soldados, el enemigo es el olvido. La causa es la libertad mental y el fortalecimiento del heroísmo, ese que no necesita mártires, sino vivos. Vivos y más vivos que nunca."

-Lizbeth Huiza

Nacer... parece una idea sencilla, pero en realidad es el inicio de una lucha consciente que la evitamos . Es despertar a la existencia y, con ello, enfrentarse a la gran pregunta que pocos se atreven a formular: ¿para qué estamos aquí? yo sé que preferimos no pensar en ello. Nos acomodamos en la rutina, aceptamos el destino sin cuestionarlo, nos conformamos con lo que nos ha sido dado, ya sea mucho o poco . Vivimos, sí... pero, ¿vivimos realmente? O solo sobrevivimos.

A lo largo de la historia, muchas personas han nacido con destinos ya escritos, con cadenas invisibles que los condenaban antes incluso de que nacieran . Tal es el caso de quienes nacieron bajo el yugo colonial en el siglo XVIII en el Virreinato del Perú. En especial, el caso de José Gabriel Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru II, para los quechuas "serpiente resplandeciente".

Hoy, siglos después, su historia aún nos interpela. La juventud peruana enfrenta una lucha distinta, pero igualmente peligrosa: la indiferencia, la apatía y la resignación. Mientras la corrupción contamina la política y el conformismo se apodera de los jóvenes como nosotros que no valoramos el paso por las universidades, es necesario mirar al pasado para encontrar en él la inspiración para el presente.

Nacer en 1738 en Cuzco: un destino marcado por la opresión

Nacer en 1738, en Cuzco, significaba llegar a un mundo donde la dignidad no estaba garantizada. Un mundo marcado por jerarquías inquebrantables, por el peso de un sistema colonial que decidía quién eras antes incluso de que pudieras comprenderte a ti mismo. Significaba, para muchos, nacer condenado: condenado a servir, a obedecer, a existir en función de otros.

Quizá lo conozcamos solo como Túpac Amaru II. Quizá lo recordemos únicamente por su trágica decapitación y lo veneremos como un héroe por la forma cruel en que murió. Tal vez su nombre resuene en nuestra memoria gracias a la famosa poesía coral que lo inmortaliza. ¿Lo recuerdas?

“Lo harán volar con dinamita.
En masa, lo cargarán, lo arrastrarán.
A golpes le llenarán de pólvora la boca,
lo volarán: ¡Y no podrán matarlo!”

-Alejandro Romualdo.

Pero, ¿es eso suficiente?

El tiempo avanza, pero la memoria permanece. Somos el pasado que se repite, un ciclo interminable de luchas y olvidos. Una condena silenciosa que nos impide despertar, que nos impide pensar, buscar la verdad, el valor, el orgullo. Nos conformamos con conocer solo los fragmentos de la historia, con el resumen de vidas que marcaron un camino, pero que rara vez comprendemos en su totalidad.

El legado familiar de Túpac Amaru II: resistencia y sacrificio

José Gabriel Condorcanqui Noguera no fue solo el líder de la gran rebelión indígena de 1780; también fue un esposo, un padre, un hombre que encontró en su familia la fuerza para desafiar un sistema de opresión. A menudo, la historia lo retrata en su faceta de caudillo, pero poco se habla de la familia que lo acompañó en su lucha, de aquellos que compartieron no solo su causa, sino también su destino.

Micaela Bastidas, su esposa, no fue una simple espectadora de la revolución. Fue su compañera, su estrategia y su sostén. Su inteligencia y valentía no solo ayudaron a organizar la rebelión, sino que también guiaron a Túpac Amaru II en los momentos más difíciles. Se dice que cuando la insurgencia comenzó a tambalear, fue ella quien advirtió la necesidad de actuar con más rapidez y decisión. Pero la historia de Micaela no terminó en el campo de batalla; su sacrificio fue tan brutal como el de su esposo. Fue torturada y ejecutada junto a él, demostrando que la lucha por la libertad no solo fue suya, sino de ambos.

Hipólito Condorcanqui, su hijo mayor, también pagó el precio de la rebelión. Apenas un adolescente, fue testigo de la caída de su familia y sufrió la crueldad del régimen español. Fue obligado a ver la ejecución de sus padres antes de ser asesinado. Su corta vida es un recordatorio del costo humano de la resistencia, del peso que muchas veces recae sobre los hijos de aquellos que desafían al poder.

Fernando Túpac Amaru Bastidas: el hijo silenciado de la historia

La historia de los héroes no siempre termina con su muerte. A veces, su verdadero castigo se prolonga en sus hijos, en aquellos que heredan no solo su sangre, sino también el peso de su memoria. Tal es el caso de Fernando Túpac Amaru Bastidas, quien vivió la tragedia de la rebelión de su padre no como un capítulo glorioso, sino como una condena de por vida.

Fernando no fue asesinado como su hermano Hipólito ni despedazado como su padre. Pero, ¿fue su destino menos cruel? Tal vez peor, porque mientras la muerte libera, el olvido mata lentamente. Fue capturado cuando aún era un niño y enviado a España, lejos de su tierra, de su gente, de su historia. No fue solo un exiliado, sino un prisionero de su propio nombre. Su existencia se convirtió en una sombra, una amenaza latente para la monarquía que no podía permitir que la semilla de la rebelión germinara de nuevo.

Lo arrancaron de los Andes y lo hundieron en la oscuridad de monasterios y cárceles. No le concedieron el derecho a una vida digna ni el privilegio de ser libre. Lo redujeron a un fantasma, a una página arrancada de la historia. La monarquía española no solo quiso destruir a Túpac Amaru II, sino borrar toda posibilidad de que su legado continuara. Y Fernando fue la prueba viviente de ese temor.

Pero, ¿puede alguien realmente borrar la memoria de un pueblo? ¿Puede la injusticia arrancar de raíz una identidad que está tejida en la sangre y en la tierra? A Fernando le arrebataron su hogar, pero no su historia. Aunque su voz fue silenciada, su existencia es un testimonio de resistencia, de la lucha de los hijos de los vencidos, de los que fueron condenados a recordar en soledad.

Hoy, al recordar a Fernando Túpac Amaru Bastidas, no lo hagamos como una víctima olvidada, sino como un símbolo de lo que significa resistir incluso en el silencio. Porque la verdadera derrota no es la muerte, sino el olvido. Y mientras alguien pronuncie su nombre, su historia seguirá viva.

Los Olvidados del Sacrificio

La rebelión de Túpac Amaru II no fue solo suya. Su lucha fue la de su sangre, la de su familia, la de aquellos que compartieron su destino de resistencia y tragedia. No fueron solo nombres al margen de la historia, fueron voces que gritaron justicia y pagaron con su vida el precio de la libertad.

Diego Cristóbal Túpac Amaru, su primo, tomó la bandera cuando todo parecía perdido. Se negó a rendirse y mantuvo la lucha en los Andes hasta que la traición lo alcanzó. Fue ejecutado en 1783, pero su resistencia demostró que la opresión no mata una causa, solo la retrasa.

Miguel Bastidas, ligado a Micaela, entendió que la guerra también se libra en las sombras. Fue la inteligencia detrás de la rebelión, el que movió mensajes y estrategias. La historia no le dio la gloria, pero en cada paso insurgente su huella quedó marcada.

Andrés Túpac Amaru no necesitó levantar un arma para ser condenado. Su linaje era su sentencia. Se unió a la insurrección porque no podía hacer otra cosa: la dignidad era su única opción. Fue ejecutado, pero su sacrificio nos recuerda que la memoria es también una forma de resistencia.

Francisco Túpac Amaru no murió en la horca, pero su castigo fue peor: el destierro, el olvido forzado, la muerte en vida. Lo arrancaron de su tierra, pero no de su historia. Porque mientras alguien pronuncie su nombre, su lucha sigue viva.

Hoy, la juventud peruana vive un exilio distinto, uno que no se impone con cadenas, sino con indiferencia. En las universidades, donde antes florecía el pensamiento crítico y el movimiento estudiantil, ahora reina la apatía. La corrupción política ha contaminado el presente y las nuevas generaciones parecen condenadas a la resignación.

Pero la historia de Túpac Amaru II y su familia nos recuerda que el silencio es la peor de las derrotas. No podemos permitir que nos arrebaten la voz, que nos sumerjan en la oscuridad del conformismo. Así como Fernando resistió en el olvido, así como Micaela luchó hasta el último aliento, debemos recuperar la fuerza de la memoria y convertirla en acción.

Porque la verdadera libertad no es solo un derecho, sino una responsabilidad. Y si no aprendemos de nuestro pasado, estaremos condenados a repetirlo.

REFERENCIAS

Libros:

- Flores Galindo, A. (1986). *Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes*. Instituto de Estudios Peruanos.
- O'Phelan Godoy, S. (1995). *Rebeliones andinas: La gran rebelión de Túpac Amaru II (1780-1783)*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Artículos académicos:

- Glave, L. (2008). Memoria y rebeldía: la vigencia del legado de Túpac Amaru II en el siglo XXI. *Revista Andina*, 47(1), 35-60.
- Hunefeldt, C. (1991). La rebelión de Túpac Amaru y su impacto en la política colonial. *Histórica*, 15(2), 112-134.
- Ramos, G. (2010). Micaela Bastidas: la mujer detrás del mito. *Historia y Sociedad*, 18, 145-167.
- Boles, M. (2019). *Túpac Amaru II y la gran rebelión andina*. Fondo Editorial de la PUCP.
- Walker, C. (2014). *Túpac Amaru: El rebelde que desafió al imperio*. Penguin Random House.
- Valcárcel, C. (1970). *Rebelión de Túpac Amaru II: Documentos y testimonios*. Biblioteca Nacional del Perú.